

Nacionalismo y catalanismo

ERNEST LLUCH

LA VANGUARDIA, 10.02.2000

Un lector me escribe preguntándome por qué hago con frecuencia una diferencia fundamental entre el nacionalismo catalán y el catalanismo. Sobre todo, interpreto, que se me indaga acerca de por qué no son equivalentes. Aun podría pensar que el escrito responde al deseo de tener contestación acerca de por qué el catalanismo es mucho más amplio que el nacionalismo catalán. Tanto más amplio como que el primero, como escribió por primera vez Eduard Voltas, abarca desde Mossèn Ballarín hasta José Luis López Bulla. Me parece que lo mejor es que no dé mi opinión, sino que la exprese a través de las definiciones de ambos conceptos que están inscritas en el mejor diccionario de la lengua catalana, en una opinión ampliamente difundida, que es el conocido como el de la “Enciclopèdia”.

Nacionalismo es definido como la actitud política derivada del hecho de atribuir, en un terreno ético político, un valor altísimo al hecho nacional o a la nación. Muy diferente es la definición de catalanismo como el movimiento que propugna el reconocimiento de la persona política de Cataluña o de los Países Catalanes o bien como la afección por Cataluña, por los Países Catalanes o por las características nacionales catalanas. Las diferencias entre una y otra definición son importantes y en mi entender las tres siguientes. La primera es considerar al catalanismo como un movimiento político o un sentimiento personal, mientras que el nacionalismo está muy por encima al ser algo propio de lo ético-político. En consecuencia, el catalanismo será una actitud política o personal equivalente a otro tipo de actitudes, como puede ser el de la democracia o el de la forma de gobierno. En cambio, el nacionalismo va más allá y conforma a la misma persona en su plano ético, lo que recuerda a la concepción del leninista peculiar Antonio Gramsci, que definía la actividad pública como algo perteneciente a la esfera político-moral. La diferencia entre ambos conceptos es que el nacionalismo penetra mucho más profundamente en lo ético y en lo moral que el catalanismo.

La segunda diferencia es que el nacionalismo concede un valor “altísimo” al hecho nacional. Hay que tener en cuenta que al ser la lengua catalana una lengua poco exagerada, lo normal es que en el diccionario dirigido por Jesús Giralt i Radigales se hubiera utilizado la expresión “muy alto” y por lo tanto cuando se utiliza la de “altísimo” es que se le concede una fuerza bastante más allá de lo muy considerable. Al menos en mi manera de entender la lengua, cuando oigo superlativos pienso más en el habla de la capital del Reino que en la nuestra, incluso para los catalanes que hablen castellano. Hay que añadir, para ser fiel a mi etapa valenciana, que en este país la exageración aún es menor que en Cataluña, puesto que “bastante alto” ya significa el catalán “muy alto”. Por lo tanto, cuando el filólogo dice “altísimo” quiere decir que le da un valor extraordinariamente elevado y que no sea abusivo el que pensemos que estamos ante un valor superior a los derechos individuales, de género o de otros grupos que vivan entre nosotros. Para un catalanista este valor “altísimo” no existirá, sino que lo considerará comparable con el resto de los valores de la sociedad y de los individuos que la componen.

La tercera diferencia es que el catalanismo tendrá las características propias de movimiento político sin condiciones adicionales y por lo tanto es lógico que abarque a un número más amplio de ciudadanos. Así, en Cataluña el conocimiento de la realidad electoral y no electoral nos indica que el número de catalanistas es muy superior al de nacionalistas catalanes y es lógico que así sea. De todos modos, esta diferencia considerable no se da en todas partes igual. Una diferencia fundamental entre el País Vasco y Cataluña es que en el primero el número de vasquistas no nacionalistas es proporcionalmente más reducido que en Cataluña el de catalanistas. Por esta razón, me parece, en el País Vasco hay un bloque considerable de nacionalistas vascos parecido al de Cataluña en sus equivalentes, pero en cambio el número de vasquistas es muy inferior al de catalanistas. Coherente con esta diferencia es el hecho de que en el País Vasco haya muchos más nacionalistas españoles que en Cataluña. Por esta razón no es de extrañar que algunos vascos como Jon Juaristi o Fernando Savater vengan con frecuencia a Cataluña con el ánimo de reproducir el modelo vasco al colaborar en la ampliación del nacionalismo español entre nosotros.

De manera contraria, pero con efectos parecidos, existe desde el nacionalismo catalán un intento de mayor igualación con el nacionalismo vasco. En esta línea hay que destacar la labor de Pere Esteve que supondría marcar un profundo cambio dentro de lo que es la tradición política catalana. Para ser ecuánimes hay que afirmar que la reciente evolución de Unió Democràtica desde el nacionalismo hasta un decálogo catalanista significa compensar la acción del citado ingeniero industrial. Por ello, las discusiones sobre el documento de trabajo de la Declaración de Barcelona, más que de la misma declaración, no son neutras puesto que pueden mantener la proporción entre nacionalistas catalanes, catalanistas y nacionalistas españoles o modificarla. Son carreras en las que los nacionalistas catalanes y los nacionalistas españoles tienen un punto común, que es reducir el espacio de los que no son ni una cosa ni otra pero que aseguran una cohesión catalana muy considerable y que es, para algunos como yo, motivo de orgullo.